

Un  
comentario  
de  
Unamuno



Sí de algunos que se han escandalizado—farisaicamente, ¡claro!—de que al desastre de Annual le llame la *santiagada*. Suponen, á mal suponer, que al llamarle así quiero dar á entender que aquella hazaña—fechoría más bien—fué propia ó digna de Santiago, y no es así. La llamo con semejante nombre por haber coincidido en visperas de la fiesta de Santiago y haber sido brindada á la festividad del patrono ecuestre de la España militante. Como en Vizcaya se le llamó la sanrocada á un motín que los bizkaitarras promovieron en Guernica un día de San Roque—que es el día de la mayor fiesta en la villa foral—sin que á nadie se le ocurra que San Roque, el santo popular—y no litúrgico—francés pueda inspirar desahogos como aquel.

Hay, desde luego, el Santiago Matamoros de la leyenda española, el de Compostela, el de Clavijo, el apóstol á caballo, y hay el otro Santiago, el de la leyenda evangélica. Sant-Yago es lo mismo que Jacobo, y eran, como se sabe, dos los apóstoles Jacobos, uno hermano de Judas Tadeo ó hijos de Alfeo, y otro hermano de Juan ó hijos del Zebedeo. A estos les llamó el Señor Hijos del Trueno. Pero ni de Jacobo ó Santiago, el Hijo del Trueno, se nos dice que montaran á caballo. Los apóstoles eran gente de á pie.

Los apóstoles no montaron, que se sepa, á caballo, no fueron caballeros. Del Señor mismo, del Cristo, no se nos dice que montara más que una vez, cuando entró en Jerusalén entre palmas, y fué en un borriquillo—*onarión*—y no en caballo. La caballería no es cosa apostólica ni evangélica.

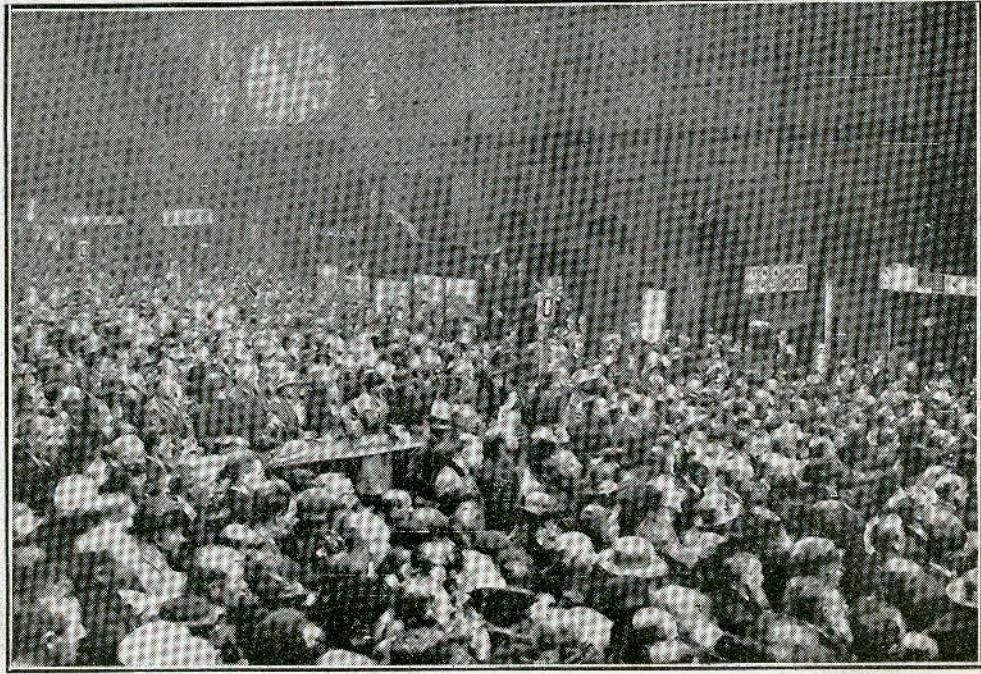
Cuando Don Quijote se encontró con aquellas cuatro imágenes de talla que representaban á los cuatro caballeros andantes del santoral y eran San Jorge, San Martín, San Pablo y Santiago, dijo de éste que era «Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo». Pero es sabido que Diego, nombre español, de Didacus, nada tiene que ver primitivamente con Jacobo, como Inigo, del ibérico Enneco, no era Ignacio, y si los asimilaron fué para bautizar en cristiano á nuestros héroes castizos. Y así estaría mejor llamarle Don San Diego Matamoros, como le llamó Don Quijote, y dejarle en paz al hijo del Zebedeo.

La tradición cristiana oriental atribuyó al apóstol Santiago una epístola, y esta epístola es de lo menos belicosa y caballeresca que puede darse. «La ira del hombre no obra la justicia de Dios», se dice en ella (I, 20), y las obras de nuestro Don San Diego Matamoros, el de Clavijo, eran obras de ira. «La sabiduría es pacífica», dice luego (III, 17), y al que dicen que duerme en Compostela, al de «cierra España!», le achacan una acción muy poco pacífica.

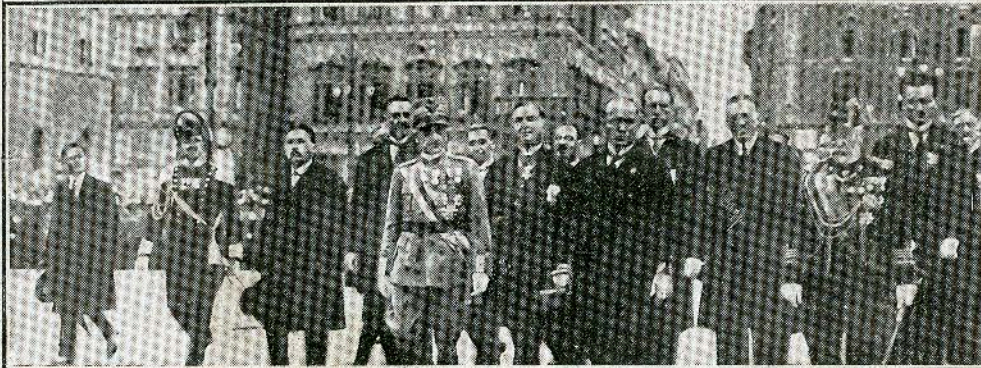
«Combatís y guerreáis y no tenéis lo que deseáis, porque no pedís», dice en otro pasaje de su epístola el Santiago evangélico (IV, 2). «Ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y poleo á lo huma-

("Nuevo Mundo" Madrid 29 noviembre 1922)  
En recuerdo del día en que terminó la Gran Guerra :-:

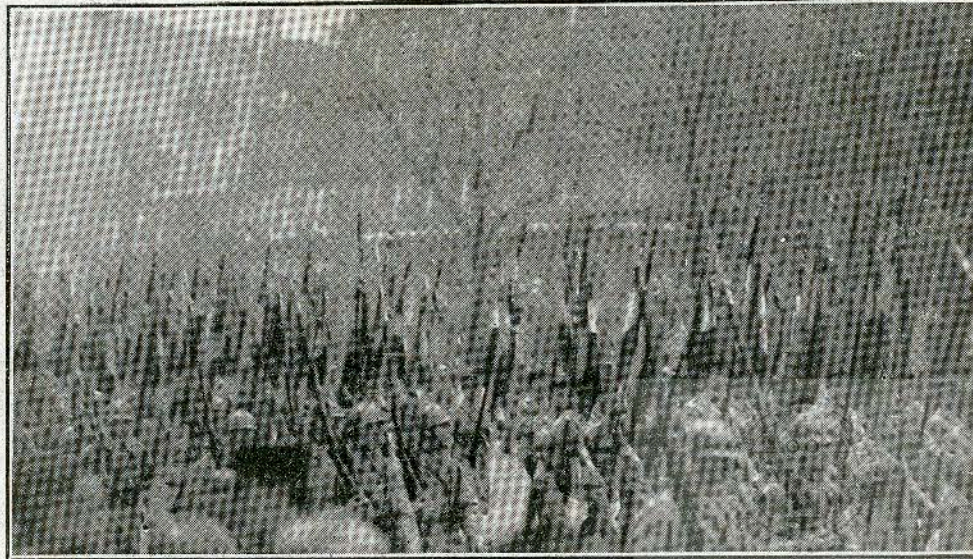
8-103 1922



En la estación londinense de Paddington. Los «dos minutos de silencio» que se observan en toda Inglaterra, en memoria de los muertos durante la epopeya. (Fot. Vidal)



El Ministerio italiano, en pleno, con Mussolini á la cabeza, cruza á pie las calles de Roma, para rendir homenaje ante el monumento del soldado italiano desconocido. (Fot. Vidal)



El día del armisticio en París. Las banderas de la gran guerra salen de Inválidos, donde se guardan, y desfilan por la Avenida de los Campos Eliseos. (Fot. Rot)

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

# Nuevo Mundo

24 Noviembre 1922

Director:  
**Francisco Verdugo**

Año XXIX

Núm. 1505

## Evocación de Eduardo Rosales

Pronto, bajo el más romántico árbol de Madrid, la figura sedente de Eduardo Rosales mostrará su testa de genio melancólico, su actitud serena.

No lejos de ella, en el mismo Paseo de Recoletos, el Museo de Arte Moderno contiene los cuadros del pintor: *El Testamento de Isabel la Católica*, *La muerte de Lucrecia*, el desnudo femenino, tan armonioso, y aquel boceto de paisaje madrileño de un vigor naciente y seguro.

Inmediatas la estatua y las obras, se concreta plenariamente la evocación a las miradas de hoy y de mañana. Mateo Inurria, con su arte íntegro, ha resucitado en la gloria mármorea al maestro de la moderna pintura española, dándole una profunda emoción de santidad.

Rosales fué el precursor abnegado en la sordera y la penumbra de su época. Presintió todas las renovaciones del siglo XX, y desde España seguía fraternalmente aquel otro renacimiento de la pintura francesa que iniciaban los impresionistas.

Se apartó, como un enfermo de «claustrofobia», del enrarecido ambiente sensiblero de la helada perfección que perseguían sus contemporáneos para dar, en pleno aire libre, sensaciones palpitantes de seres humanos y de humanas pasiones que nacían junto a él en mutuo cambio de espirituales espejos.

Sobriedad, energía, reposo. He aquí las características de su pintura. Dolor, exaltación, sacrificio. He aquí las sombras y resplandores de su vida. Todo esto se encuentra en la escultura de Mateo Inurria, donde se diviniza a un hombre.

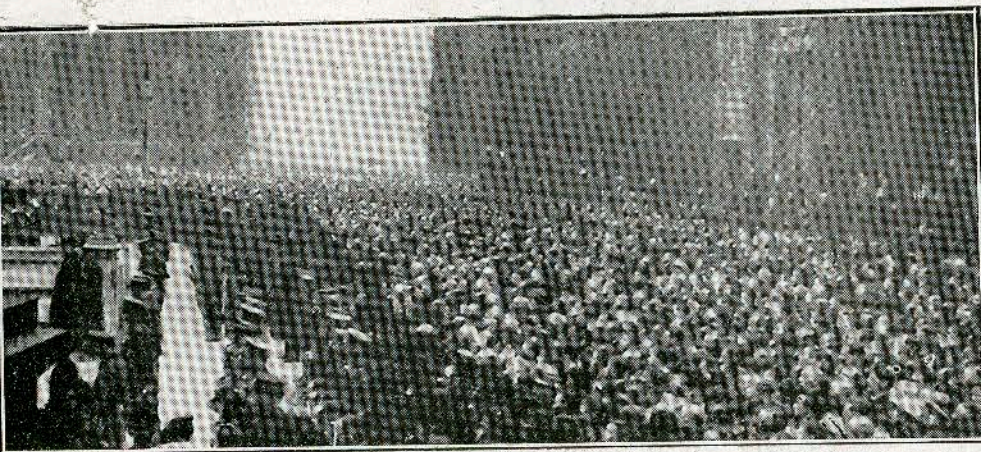
José FRANCES

*Estatua de Rosales. Obra admirable de Inurria, costeadada por el Circulo de Bellas Artes de Madrid, que será erigida en breve en el Paseo de Recoletos. En el circulo, el ilustre escultor Mateo Inurria  
Fots. Serrano*

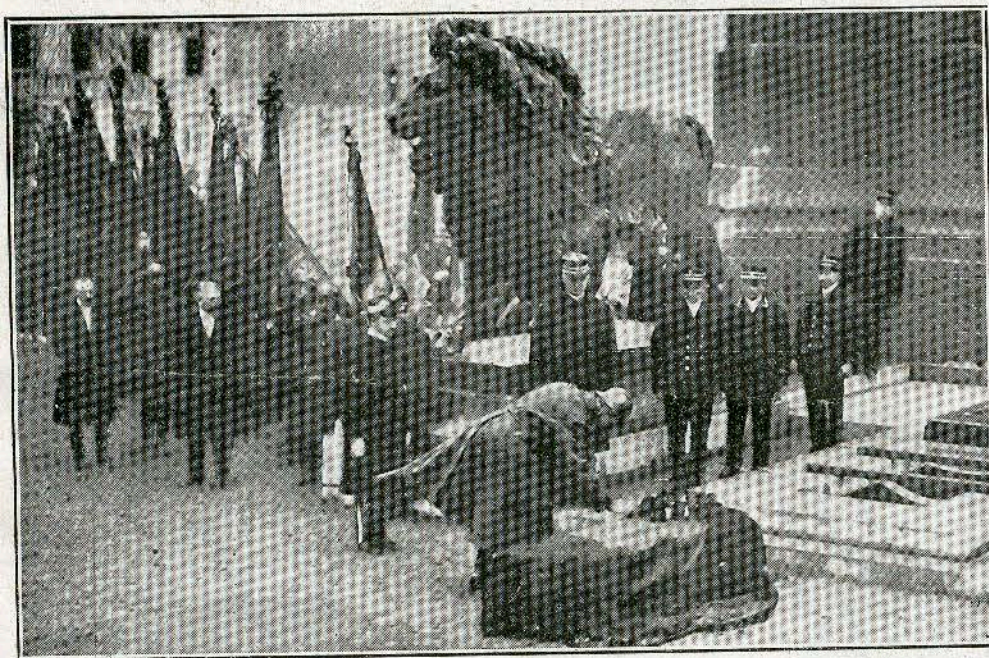


11 de Noviembre en Inglaterra, Francia, Bélgica é Italia

Un  
comentario  
de  
Unamuno



Las once de la mañana del 11 de Noviembre, en Londres, la multitud, hacinada en derredor de los monumentos conmemorativos, durante los «dos minutos de silencio» (Fot. Vidal)



El aniversario de la paz en Bélgica. El Rey Alberto coloca su cruz de guerra sobre el ataúd que contiene los restos del soldado belga desconocido, en el momento de recibir estas cenizas sepultura en el monumento para ellos erigido (Fot. Central News)



El 11 de Noviembre en Paris. El Presidente de la República, M. Millerand, saludando á las banderas que ondearon en los campos de batalla durante la guerra (Fot. Rol)

no», dijo Don Quijote. Y pelear á lo divino es pelear con la palabra, para lo cual no es menester montar á caballo, y pelear á lo humano es pelear con lanza. Don San Diego Matamoros peleó con lanza; pero Santiago el Apóstol, con pluma—ó estilo—, con la pluma con que escribió su epístola. ¿Y Don Quijote? ¡Pero si Don Quijote mismo peleó con pluma, con palabra! ¡Si su lanza es pluma! ¡Si Don Quijote es palabra!

Nuestro ya conocido y amigo Prisciliano, el que fué obispo de Avila al finar el siglo IV, el que ha transmitido en Compostela su culto á Don San Diego Matamoros, en su Tratado X oponía entre sí dos reinos, la sinagoga de Satán y la iglesia de los mandaderos de Dios; esto es, las obras del siglo y las palabras de Dios. Las obras del siglo, obras de ira, que son de combatir y guerrear sin conseguir lo que se desea, son obras de Don San Diego Matamoros, y las palabras de Dios son cosa de pedir, de sabor pedir. ¿Y qué se pide? «Venga á nos el tu reino.» Y el reino de Dios es reino de palabra, de idea.

Vean, pues, los que han hecho como que se escandalizaban de nuestra expresión «la santiaguada» cómo ésta no puede aplicarse al Santiago evangélico, al Apóstol, sino, á lo sumo, al del Cid y al de Don Quijote, al ecuestre, al de Clavijo, al de la religión caballeresca, al de la Orden española con su consabida cruz. Pero esto no es cristianismo evangélico, esto no es palabra de Dios.

¡Santiago, el hijo del Zebedeo; Prisciliano; Don San Diego Matamoros! ¡Qué tres personajes tan típicos y cómo se ha ido pasando de uno á otro! En ese tránsito está la historia del paso del cristianismo evangélico al ibérico caballeresco. Y del Dios de la Palabra al Dios ibero de que nos canta nuestro mayor poeta vivo, Antonio Machado.

«¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?—Mi corazón aguarda—al hombre ibero de la recia mano—que tallará en el roble castellano—el Dios adusto de la tierra parda.» Así canta nuestro Antonio Machado, poeta de puro ibérico, universal. Ese Dios hispano que aguarda el poeta á que nos lo talle en roble—mejor en encina, en corazón de encina, de que se hacen dulzainas—un hombre ibero de recia mano, es el Dios de Prisciliano, el obispo de Avila decapitado por hereje en Tréveris y por mano secular y mandato imperial; la primera víctima de la Inquisición española cuyo patrono es Don San Diego Matamoros. Y ese Dios hispano es el Dios mismo de los moros, es el mismo Alá; es el Dios de nuestro *oj Alá*, ¡quíralo Dios! *Amén* es la expresión de la resignación; *oj Alá* es la del deseo; *amén* dice el pasado; *ojalá* dice el porvenir.

¿Y la santiaguada de Julio de 1921 es Marruecos? Fué más de amén que de ojalá. Fué de resignación, ó mejor, de desesperación. Fué una jugada más que una proeza. Y la bola salió negra. Culpa—se dijo—de la fatalidad. Culpa de Don San Diego Matamoros; que nada tiene que ver con el Santiago Apóstol, el de la epístola evangélica.

MIGUEL DE UNAMUNO

GREDOS USALES



En los hipódromos de Chantilly, de Longchamps y de Auteuil, durante las últimas carreras del Olorón, las bellas «maniquetes» de los grandes modistos parisien- ses «lanzan» la moda de in- vierno



Es, como todas las modas femeni- nas, perfecta- mente paradójica, é impone los grandes escotes para el tiempo frío, como al co- rrer del verano impuso los cue- llos altísimos. Las «maniquetes», ateridas, buscan el ampa- ro del braseo, entre los paseos de elegante ex- hibición

